

UNA OBRA CLÁSICA DE EMILIO LORENZO
MARCO HISTORIOGRÁFICO, CONTENIDOS, METODOLOGÍA
(5)

JOSÉ POLO
Universidad Autónoma de Madrid

III

EL SINTAGMA *LENGUA EN EBULLICIÓN* Y EXPRESIONES AFINES

1. *En trabajos del autor estudiado*

0-1

Bien: nos hallamos instalados en la obra *El español de hoy, lengua en ebullición* (Gredos, Madrid, 1966, ²1971, ³1980, ⁴1994). Aunque la acuñación *lengua en ebullición* aparece en letra de molde con la primera edición de su libro, si no estoy equivocado, su espíritu o base conceptual más conocida es ya de 1952, fecha de redacción y entrega de «Dos notas sobre la morfología del español actual» (se publicaría en 1956) y se afianza y amplía en el trabajo «La lengua española en 1965. Tradición e innovación», del mismo año anunciado. Pero, en realidad, tal orientación arranca, cuando menos, de su conferencia «La lengua de España en 1950» (dada en Oxford el 20 de febrero de 1951), texto que se incorpora como capítulo primero en la cuarta edición, «reestructurada y muy ampliada». No descarto que en publicaciones anteriores de nuestro autor haya pistas o incluso formulaciones en esta línea de trabajo (el conjunto de su obra, mucho más extensa de lo que podría parecer, se halla pendiente de planificación editorial y de necesaria publicación ulterior —varios volúmenes— y sería entonces cuando cabría seguir la línea cronológica en este y otros conceptos, si es el caso, con su terminología correspondiente), pero, como decía, lo inmediatamente a la vista es lo que acabo de señalar.

[299]

0-2

Afortunada expresión, sin duda, la creada, al menos para nuestra lengua y con determinado propósito, por Emilio Lorenzo en su clásica obra. En su momento nos acercaremos a autores como Ramón Menéndez Pidal, Walther von Wartburg, Rafael Lapesa, Salvador Fernández Ramírez, Dámaso Alonso y otros para buscar «antecedentes» conceptuales o metodológicos, para mostrar posibles diferencias (grados de explicitud, sistematicidad, etc.) entre dichos autores y el que ahora ocupa nuestra atención. En esta fase de mi trabajo parece, sin embargo, preferible presentar los pasajes de esa obra de Emilio Lorenzo en que se habla de la propia forma *lengua en ebullición*, pasajes a los que añadiremos otros provenientes de diversos textos del mismo autor; de este modo podremos contemplar no solo tal expresión consagrada, sino equivalentes, paráfrasis o explicaciones sintéticas empleadas, igualmente, por el creador del consabido rótulo exacta y gráficamente designativo. Así también, preparamos el terreno ante la aparición, en secciones futuras de esta serie, de multitud de denominaciones para una idea siempre presente en la conciencia de los buenos investigadores, pero ayuna de práctica sistemática y minuciosa, y con la metodología adecuada hasta que «irrumpió» Emilio Lorenzo con sus aplicaciones al español moderno y contemporáneo —no escaso en sincronías virtuales, en largos y medidos espacios temporales—, con su bien aprovechado conocimiento de lenguas para el perspicaz estudio de nuestro idioma, al que, por supuesto, ya había dedicado trabajos en una línea «tradicional».

1. Comienza con esta ficha el desfile de textos de Emilio Lorenzo, extraídos de la obra objeto de atención, esclarecedores del sentido del sintagma *lengua en ebullición*. Cito, naturalmente, por la última edición (¹1994):

1

INTRODUCCIÓN/[pág.] 14

La razón del título es simple. En uno de los estudios incluidos en este volumen [«La lengua española en 1965. Tradición e innovación»] examinamos las dificultades que entraña acometer una investigación sincrónica de la lengua sin señalar qué es lo que aparece sedimentado, lo que está a punto de desaparecer y lo que aparece por primera vez. No hay duda tampoco de que algunos de los ingredientes de la lengua están en período de cocción, sufriendo la transformación que los haga asimilables. Por otra parte, sólo podemos imaginar la interpretación estática imaginándonos la lengua como algo estancado y muerto. La imagen de la ebullición, finalmente, nos permite visualizar ese continuo rebosar de una lengua vigorosa que por su vitalidad interior no se puede mantener frenada en sus fronteras naturales y se desborda. Agotando la imagen, podríamos añadir que, en rigor, cualquier desplazamiento o cambio dentro de los elementos del idioma lleva consigo reajustes y modificaciones en la totalidad, aunque no siempre seamos capaces de percibirlos. En algunos

ejemplos, hemos tratado de indagar las repercusiones que representan determinados hechos. Del acierto de nuestra interpretación juzgará el discreto lector.

2

 INTRODUCCIÓN/19

El campo de estudio que pretendemos analizar es, sin duda, fluido e inestable, dos características que hemos apuntado más arriba; pero es al mismo tiempo inabarcable, por las ramificaciones sociales, generacionales y geográficas que entraña. Estimamos, sin embargo, que el lector de nuestra época sabrá apreciar así las virtudes de una lengua en perpetuo movimiento y que las generaciones futuras tendrán testimonio —acertado o no— de hechos lingüísticos que pueden explicar alguna vez la futura fisonomía del español.

3

 PRÓLOGO DEL AUTOR A LA SEGUNDA EDICIÓN/20

Al modesto éxito de esta selección de estudios, agrupados por el común propósito de intentar esclarecer algún aspecto, de la pugna a que nuestra lengua se ve sometida hoy en virtud de presiones y tendencias de toda índole, han contribuido en primer lugar las elogiosas palabras con que mi maestro Dámaso Alonso presentaba un libro en el que todos sus capítulos, indirectamente, le debían estímulo.

4

 PRÓLOGO DEL AUTOR A LA SEGUNDA EDICIÓN/22-23

Finalmente, presentamos disculpas al lector por algunas aparentes contradicciones que advertirá en textos separados en su redacción diecinueve años. Creemos, sin embargo, que una parte del interés que puedan tener las páginas que ofrecemos reside precisamente en la circunstancia de que los hechos presentados en uno u otro estudio no corresponden, al mismo momento histórico. Ese breve lapso de diecinueve años, insignificante en la vida de una lengua, es suficiente para revelar ese estado de ebullición —no privativo del español, por supuesto— que, por considerarlo tema central de nuestra exposición, figura en el título del libro. Nótese, por ejemplo, cómo algunos de los fenómenos observados en 1952 [y antes: véase 0-1] con respecto a la morfología del español resultan hoy casi anticuados y, a pesar de retoques, probablemente todavía no fieles a la situación real de 1971. Confesamos sinceramente nuestra presunción de que el mérito de esta obra puede ser el haber dejado constancia —a veces excesivamente subjetiva— de hechos o reacciones que sin duda han de ser de interés para los investigadores del futuro. Ello nos ha impulsado a añadir, a manera de apéndices [...], más de 40 páginas en las que anotamos, con variable apoyatura documental, una serie de fenómenos aislados que hemos venido observando en los últimos años sin haber tenido tiempo ni ocasión para desarrollarlos en trabajos de mayor envergadura.

5

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA TERCERA EDICIÓN/25-26

Cuando en el verano de 1952 redactábamos para el segundo homenaje a Menéndez Pidal el artículo que constituye el capítulo III [véase atrás 0-1] de este libro, estábamos lejos de imaginar que, aunque con cautela y temeridad en dosis parecidas, al escarbar en la capa más surcada del campo idiomático español —la tierra más visible y fecunda, es decir, la lengua viva e inestable que luego descubriríamos como en ebullición— no íbamos a descubrir e identificar el germen que anunciara los frutos del futuro. Hoy —una generación más tarde— parece que anda ya con paso firme una nueva disciplina llamada prospectiva, cuyos seguidores aspiran a predecir, con aparato formal y recursos impresionantes, ciertas parcelas, susceptibles de ser acotables en el futuro, de un acontecer histórico cuyas líneas rectoras se trazan desde el presente en función de datos y cifras reales que parecen determinar el curso inexorable de dicho acontecer. No está a nuestro alcance, que sepamos, aplicar este tipo de prospectiva a una lengua, al menos por ahora. Si a lo largo de estos años, como puede verse, la experiencia personal nos ha ido convenciendo de lo quimérico de ciertas especulaciones, este desengaño gradual tenía como compensación la certeza cada vez más firme de que aquella descripción dinámica de la lengua española —o de cualquier otro idioma— que ya había apuntado Humboldt era fuente inagotable de descubrimientos, a veces triviales, pero siempre instructivos sobre el funcionamiento cotidiano de la lengua. El momento histórico, y algo nuestra llamada de atención, han favorecido el despertar de un insospechado interés por la pugna de fuerzas que intervienen en el cambio lingüístico hoy y por los fenómenos de toda índole que son exponentes de esa pugna y que se manifiestan, no sólo en una lengua coloquial cada vez más estudiada, sino en el tratamiento que ésta recibe cada vez con mayor fidelidad en la narrativa y el teatro contemporáneos [...].

6

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA SEGUNDA EDICIÓN/27

No estaría completo este prólogo sin mencionar un nuevo artículo de Rafael Lapesa, maestro y amigo entrañable, que directamente nos atañe; primero, por haber tenido la gentileza de dedicárnoslo; segundo, por proyectar algunas de nuestras modestas aportaciones sobre el ámbito histórico más amplio, facultad que le confiere su condición de impar conocedor de la historia del español; y, finalmente, porque a su espíritu avizor, aguzado en la disciplinada y rigurosa interpretación de los viejos textos, no pueden escapar los desajustes y reajustes de la lengua actual. Su artículo se titula «Tendencias y problemas actuales de la lengua española» [...]. A él haremos referencia más de una vez a lo largo del texto.

7

NOTA A LA CUARTA EDICIÓN/32

Sin embargo, de las omisiones o errores que advierta el lector asumo toda la responsabilidad; y la asumo a conciencia de que las omisiones son muchas,

pues lo que por consejo de mis maestros Dámaso Alonso y Salvador Fernández empezó a preocuparme al filo del medio siglo ha tenido tal cantidad de laboriosos seguidores, atentos a lo que dice la gente o escriben los periodistas, que sería para mí pretensión utópica tener en cuenta todas las aportaciones, algunas de gran densidad y volumen, que como monografías o artículos resultantes de tesis doctorales bien dirigidas se han prodigado en los últimos años.

2. Comenzamos esta segunda parte «fraseográfica» siguiendo un orden cronológico en las citas de pasajes relacionados con el concepto *lengua en ebullición*. He aquí la primera ficha: *El español y otras lenguas* (Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1980; pero actualmente distribuido por Ediciones Istmo, de la misma ciudad):

1

PRÓLOGO/6-7

Resultaría incompleto este prólogo si no tratásemos de explicar, siquiera sea sumariamente, nuestra posición ante el fenómeno lingüístico. En el inabarcable panorama que ofrecen ahora los estudios lingüísticos y aquellos que[,] por afinidad, aparecen a veces incluidos dentro de la pujante disciplina, parece difícil no tomar partido a favor o en contra de las distintas corrientes. El autor confiesa que, por dignidad profesional, se ha visto obligado a asomarse a las páginas de casi todas las revistas del ramo, y que, por lo regular, ha leído con atención, [coma del original] lo que, por consenso general, se considera más significativo dentro de cada escuela o secta. Si no adhesión, algunos de estos logros más significativos nos han producido asombro o admiración. Para adhesión o empatía acaso deberíamos haber nacido veinte años más tarde. Cuando enseñábamos en 1947 en la Universidad de Pennsylvania[,] era alumno aventajado en las mismas aulas N. Chomsky y su maestro Zellig S. Harris acababa de escribir en la misma ciudad el prólogo de su *Structural Linguistics* (1951), prólogo en el que se hace constar la ayuda del joven y famoso discípulo. Pero aunque el chomkismo ha sido sanamente asimilado por otros españoles no mucho más jóvenes de nuestra generación, acaso nuestras células cerebrales estaban ya condicionadas por estímulos previos para sentirse deslumbrados por estructuralismo o generativismo.

2

PRÓLOGO/7

A los treinta años, quien se ha formado bajo la sombra de Meyer-Lübke, H. Paul, E. R. Curtius, Saussure, M. Pidal, Bally, K. Vossler, Leo Spitzer, etc., llevado de la mano por Dámaso Alonso, cree que los caminos abiertos por tan ilustres maestros bastan y sobran para satisfacer cualquier intención exploratoria en caso todavía no hollados del conocimiento lingüístico y que[,] después de las intuiciones reveladoras de Saussure, lo único que cabe es intentar, como postula W. von Wartburg, conciliar las dos posturas —diacrónica y sincrónica— procurando, o bien contrastar dos estados de lengua sucesivos, para extraer las

consecuencias pertinentes, o bien observar un estado de lengua como algo dinámico y nunca acabado ni perfecto. Vistas así las cosas, la imagen que nos pareció más apropiada era la de lengua en ebullición, como reza el subtítulo [no: la segunda parte del título] de una obra nuestra [la que estamos analizando]. Si en este tipo de enfoque es posible detectar —aprovechando la lección que nos brinda la gramática histórica— la ulterior evolución de una lengua, es una conjetura carente de base empírica por el momento [compárese atrás 1-5]. Sí es posible, sin embargo, ir examinando los distintos hechos culturales y lingüísticos que pueden afectar a la estructura y a la fisonomía de la lengua en el futuro, algo semejante a lo que en plano más superficial designamos en uno de estos estudios como «semblante» y «talante» de la lengua [véanse, en el mismo volumen, «Sobre el talante y el semblante de la lengua española», 1978, págs. 9-26, y «La nueva fisonomía de la lengua alemana», 1964, págs. 189-199].

3. «Fluctuaciones y tendencias del español actual», en *III Simposio de lengua y literatura españolas para profesores de bachillerato* [1982], Oviedo, 1983, págs. 64-70. La parte que voy a reproducir se halla recogida en la cuarta edición del libro que nos ocupa, «Miscelánea», B, págs. 34-35, de donde cito:

Se cumplen ahora treinta años desde la redacción y entrega para el segundo homenaje a Menéndez Pidal (*Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, 7 vols., CSIC, Madrid, 1950-60) del primer estudio de una serie dedicada a señalar algunos hechos de la lengua española actual no recogidos en las descripciones tradicionales o contemporáneas de nuestro idioma [se refiere, como cabe deducir, a 1952: véase atrás 0-1]. La imagen con que se aclaraba el título de la primera compilación de estos estudios, que data de 1966, era *lengua en ebullición*, expresión que ha tenido cierta fortuna entre los comentaristas del libro y que justifica, por una parte, la 2ª y la 3ª edición de la obra y, por otra, las presentes notas, donde, más que de una puesta al día de los estudios ya publicados, trataré de presentarles a ustedes algunas observaciones, hasta ahora inéditas, sobre la *inestable* y *movediza* «estabilidad» de la lengua actual. Si alguien encuentra peyorativos los dos adjetivos utilizados, puede sustituirlos —en este contexto sería indiferente— por *bullente* y *dinámica*. En cualquier caso, para cuantos conocen mi punto de vista, en el que trato de descubrir en el plano sincrónico las líneas con que concluyen, continúan o empiezan fenómenos diacrónicos, no debe resultar novedoso el hecho de que estas líneas que atraviesan el eje de la sincronía a veces son sólo el signo visible de corrientes o haces de líneas más encubiertos o subterráneos que, al emerger, revelan cambios trascendentales en la fisonomía de una lengua animada por el impulso vital de casi 300 [ahora ya más] millones de hispanohablantes. ||Para no repetir lo que, dentro de la tradición erudita, ha quedado ya confinado a las páginas de la letra impresa, trataré de interesar la atención de los profesores y alumnos aquí presentes y de encontrar la clave interpretativa de algunos fenómenos de fluctuación cuyo desenlace final estimo, por ahora, imprevisible.

4. Pasamos ahora al artículo, volandero pero nada desdeñable, «Fijar la lengua?» (compárese su discurso de ingreso en la Academia *Utrum lingua an*

loquentes (sobre las presuntas dolencias y carencias de nuestro idioma), Madrid, 1981; contestación de Rafael Lapesa; volveremos sobre este trabajo en sección futura), en el diario madrileño *Abc*, 22 de noviembre de 1988, pág. 3. Reproduzco completo el párrafo segundo:

Largo preámbulo resulta éste para declarar que nunca estuve plenamente de acuerdo con la dicotomía de Saussure, que opone lo sincrónico a lo diacrónico. Más que de dicotomía, creo, se trata de realidades simultáneas que inciden (y se fecundan) mutuamente. No es concebible una lengua inalterable, petrificada; tampoco cabe imaginar un organismo en evolución si no pensamos a la vez en una armazón o esqueleto que le dé consistencia. Hace más de veinte años [en 1966] utilicé la imagen de la ebullición para referirme a ese rasgo de dinamismo perpetuo que debe caracterizar a una lengua viva y sana en todo momento. También hube de acudir al recurso de la instantánea familiar para representar una comunidad lingüística en pequeño, donde figuran miembros de tres o cuatro generaciones; todos coinciden en el tiempo —la instantánea—, pero cada uno, aun compartiendo las vivencias comunes de la familia, tiende hacia la realidad lazos de aprehensión muy distintos, ya porque sean de distinta naturaleza —palabras o expresiones diferentes—, ya porque los terminales de esos lazos —los conceptos aprehendidos— sean también nociones dispares. Dicho a la llana: una misma palabra designa en un miembro de la familia en cuestión una determinada parte de la realidad reflejada en la lengua, pero[,] en otro, una porción no coincidente de dicha realidad; a la inversa, una misma realidad inalterada puede recibir de dos individuos convivientes en el espacio diferentes denominaciones. Es posible que esta idea, susceptible de mayor rigor y precisión, sea equivocada. Y como suelo huir de las afirmaciones tajantes y de manifestarme dogmático, vuelvo a traer a estas páginas una cuestión que aunque formulada con reservas, temo que no haya sido bien interpretada y me confirma en mi escepticismo sobre algunas concepciones de sincronía lingüística. Pasan los años, y uno, consciente de ciertos incrementos, menguas y reajustes de su propio idiolecto, olvida a veces que éste no es más que la realización individual del fenómeno colectivo llamado lengua. Al olvidarlo incurre en el error de creer, equivocadamente, que por el hecho de entenderse —en general— con toda la comunidad lingüística, es decir, por participar en una alta proporción de los recursos heredados del patrimonio común, participa también en todas las vicisitudes del idioma.

5. Finalmente, citaré del trabajo «Libros de estilo, guía de pecadores», en *Saber/Leer* [Madrid], 40/1990, págs. 4-5. Se reproduce, como segunda parte del capítulo v, al que da nombre, en la cuarta edición, 1994, de la obra objeto de estudio. Nos hallamos en la página 129:

Ambas aportaciones han de ser provechosas para despejar las dudas siempre flotantes ante muchos usuarios del idioma, por cultos que se proclamen. Hay un riesgo implícito encubierto en este tipo de recomendaciones, que a veces adoptan el tono y la contundencia de verdaderos decretos inapelables, y es que los lectores ajenos a las respectivas redacciones, y eximidos, por tanto, de acatar

y observar las «normas de obligado cumplimiento», se sientan empujados a cumplirlas. Tal riesgo latente invita a considerar el problema de la norma lingüística desde posiciones claramente agramaticales. Porque los autores o responsables de estos manuales o libros de estilo parecen más preocupados en mantener una uniformidad lingüística que se contradice con la misma naturaleza del lenguaje, que es fluctuante, inestable, cambiante y cuantos adjetivos se requieran para describir lo que en otro contexto hemos igualado a una *lengua en ebullición*. Poseen estos libros una virtud que puede ser a la vez su principal defecto. Son categóricos en sus apreciaciones: o blanco o negro; no suele haber gradaciones para las posibles dosis de ingredientes que desembocan en los grises.

0-3

Tal como anunciaba en 0-1, no he pretendido, con el panorama textual presentado, agotar las posibilidades de hallazgo del sintagma *lengua en ebullición* en el conjunto de su obra (por las razones que en ese lugar di), pero sí ilustrar suficientemente la ruta que va de 1951 a 1994 en cuanto al manejo, por su parte, de tal concepto y, desde 1966, también de la referida expresión, a medio camino del lenguaje común y del técnico. En entregas posteriores, al encontrarnos con ideas como las de *estado latente* (Menéndez Pidal), *sincronía dinámica* (autores varios), etc., recordaremos estos pasajes de Emilio Lorenzo, tan seguros y claros en lo fundamental y tan ricos en matices. Prácticamente, no he hallado concepto alguno de los que en su momento aparecerán que no vea reflejado —o, al menos, que no resulte «catalizable»— en el universo textual acabado de presentar. Tendremos oportunidad de observar los hilos que unen unas cuestiones con otras y, naturalmente, su entorno «pancrónico», esto es, de ideas que, cual señalé en 0-2, han estado siempre presentes en la mente, ya que no, de manera sistemática, en la pluma de los buenos investigadores de la ciencia del lenguaje. Emilio Lorenzo, con su perspicacia y su método, ha logrado convertir en una especie de lema necesario el expresivo sintagma *lengua en ebullición*. En el próximo número ya podremos comenzar a examinar la forma como tal concepto, tal denominación semitécnica, fue y ha sido recibido por los estudiosos.

(continuará)